

VII.

La lección, como decía el Marqués, dada á Chantenay por el General, no había causado á éste otro efecto que el de recordarle la que había recibido de Noris. En la actualidad no tenía otra idea que salir de aquel doble ridículo mediante un golpe de efecto, demostrando á Marsan, á Aubreval y á todos, que los desprecios de la señorita Ferraud le eran tan indiferentes como las rociadas del general Robin.

—¡Vaya! (le decía su tío). Con el viejo soldado aún puedes salir bien, aunque recibiría á tus testigos....; pero con Noris.... ¡Esta no te recibiría!

—¿No me recibiría?

—¡Así lo creo!

Y Chantenay sentíase picado en su vanidad por aquel desafío burlón, aunque comprendiendo que le decía la verdad. Estaba disgustado de sí mismo, aguijoneado por el doble deseo de volver á ver á Noris, y de demostrar á sus amigos

que siempre era el mismo *Flor-de-Chic*, irresistible, incomparable, triunfando de las parisienses como su antepasado Engelberto de los sarracenos: «*Moult fier mult fiert*». La audacia le había salido siempre bien.... Recurriría á la audacia; se presentaría en casa de Noris, y vería lo que ésta dijese, ó si se atrevía á arrojarle de ella.

¡Arrojarle! Ni siquiera entraba en su pensamiento poder salir más que como vencedor del cuarto de una mujer. Además, ¿puede haber amor propio en el amor? Y ciertamente que era amor, ó un deseo que se parecía terriblemente al amor, lo que sentía por Noris.

Sí, se presentaría á ella sin anunciarse previamente, apareciendo en el hotel de la calle Jouffroy, como cinco años antes se había presentado en la avenida Van Dyck.

¡Y era él, Chantenay, quien arriesgaba tener que hacer antesala!

Pero la «nueva mujer», en que se había convertido Noris, bien valía aquel pequeño sacrificio.

René se presentó un día en casa de Noris, dejando á la puerta el *coupé*; y habiendo dicho el criado quesalió á abrirle que la señora había salido:

—Pasadle esta tarjeta,—dijo el Príncipe.

—Es que la señora ha salido positivamente,—dijo el criado, mirando la tarjeta.

—¿Volverá pronto?

—Pronto.

—¡Entonces aguardaré!

Se le hizo entrar en el saloncito blanco que ocupaba Noris cuando no se encerraba en la biblioteca contigua á su dormitorio. René miraba las estatuillas de Sajonia y de Tanagra, los objetos del Japón,

y se fijaba en la cabeza de mujer judía ó turca, con zeques de oro en la frente, que le recordaba vagamente á Noris. Parecíale haber visto aquello en otra ocasión; pero ¡se parecen tanto todas las pinturas!

De pie, enfrente del cuadro, lo examinaba todavía, cuando se oyó en la calle el ruido de un coche. A través de los encajes de las cortinas, vió á Noris bajando de su *coupé*, esbelta, vestida de negro como siempre, y parándose un instante á examinar en la portezuela del otro coche las armas del Príncipe. Después entró bruscamente en el hotel. Noris sabía que *él* estaba allí: Chantenay lo prefería. Sin duda iba á dar orden á un criado para decirle que no recibía, ó, lo que era más probable, á darse el placer de despedirle ella misma.

Hubiera sido muy extraño que Noris no se diese el refinamiento de placer de hallarse frente á frente de él: René conocía á las mujeres.

La puerta del salón se abrió bruscamente, y Noris se presentó con el sombrero puesto, pálida y arrugando febrilmente sus guantes de Suecia. Al verla aparecer, la pareció más adorable aún que la noche que la vió en el Circo.

—¿Qué venís á hacer aquí?—preguntó Noris inmóvil, mirando también á aquel hombrecillo elegante que, visiblemente conmovido, mordía su rubio bigote.

Se había quitado su monóculo, y la luz de las ventanas daba de lleno sobre sus ojos de azul pálido. Noris leía en ellos una especie de turbación.

Tenía deseos de hacer sonar la campanilla para despedir á René; pero contemplando á aquel impertinente de otros tiempos en una actitud supli-

cante, se le antojaba, llena de feroz alegría, decir á aquel hombre todo cuanto pensaba de él, y puesto que él inclinaba el cuello, hundir sus uñas en él.

¡Ah! ¡René volvía!... Se atrevía á presentarse después de la injuria que públicamente le había lanzado al rostro. Pero ¿qué deseaba? ¿Qué había en el fondo de aquel corazón?

—¿Tenéis, pues, que hablarme, Príncipe?—dijo, con su voz acerada como un cuchillo.

—Sí (respondió René): hace cinco años que deseo tener con vos la explicación que hoy solicito.

Y acentuaba esta última palabra, que invertía completamente los papeles.

Noris había sonreído cruelmente.

—¡Cinco años! (dijo.) No es corto tiempo. ¿Y es mi... amabilidad de la otra noche lo que os ha impelido á este paso? En fin, puesto que queréis una explicación, expliquémonos. Podéis tomar un sillón y sentaros, porque sospecho que será larga. Yo no tengo más que escuchar.

Había arrojado sus guantes sobre la chimenea, desatado las bridas del sombrero, y con la luz que jugaba en su frente y cabellos, admirablemente bella y sentada delante de René, fijaba en él sus miradas tranquilas.

El Príncipe había formado, sin duda, su plan de ataque, sabiendo que en tales momentos los minutos son horas.

El táctico fué derecho á su objeto:

—¿Sabéis que teníais razón la otra noche al tratarme como lo hicisteis?

—¿Lo creéis así? También es esa mi opinión. Me alegro de que sea la vuestra.

—¡Noris, he sido tan cruel con vos!

—¿Cruel?... ¿Os lisonjeáis?... Habéis sido.... Busco el calificativo, y no lo encuentro.... Por otra parte, sería esto perder tiempo.

—Ya adivináis (prosiguió René), que si vengo aquí, es después de muchas vacilaciones y dudas....

—No, yo no adivino nada.... Me lo decís, y lo creo. Ya sabéis que tengo la costumbre de creerlos.

Todo cuanto ella decía, con la sonrisa en los labios, abofeteaba á Chantenay con implacable ironía. Sólo en algunos momentos aparecía en sus negros ojos una llama, como explosión rápida de cólera. Pero su alegría, su amarga alegría, estribaba en jugar con aquel ser, adorado antiguamente y despreciado ahora, que una vanidad, un deseo, una mera pasión, un inesperado egoismo, arrojaba á su puerta.

—Noris (decía el Príncipe, dando á su voz las tiernas modulaciones de otras veces); quisiera que pudieseis leer en el fondo de mi pensamiento.... He pensado en vos frecuentemente....

—¿Frecuentemente nada más?... ¡Yo pienso en vos.... siempre!

—Sois implacable; y tenéis derecho á serlo...., y cuando medito en.... nuestro pasado...., sufro una contrariedad, un remordimiento....

—¡ Ah! Sí, me lo habían dicho, pero no lo creía.

—¿Quién?

—Gardanne.... Hoy todo se sabe por los periodistas.

—Si Gardanne os lo ha dicho, contra su costumbre, estaba bien informado.... ¡Lamento tanto la pérdida de aquel pasado!.... ¡Un paraíso perdido!

—Muy romántico es todo eso para un hombre como vos.... Pero no habéis perdido ese paraíso;

lo habéis enfangado, y lo habéis dejado sin asomos de ese remordimiento de que me hablabais.... ¿Para qué remover hoy esas cenizas?

—¿Para qué? ¿Pues no me comprendéis?

—Tengo miedo de comprenderos, y os suplico me digáis si venís aquí para participarme algo serio ó para recitarme frases á que no concedo aprecio. ¿Os admira esto? Es que no soy la misma mujer, querido Príncipe. Dícese que el corazón se rompe; esto no es cierto: lo que hace es endurecerse.

Beaumartel, con la voz muy baja y tratando de acercarse á Noris, empezaba la serie de sus frívolas excusas.

—Es preciso perdonarme.... Mi familia...., mi madre....

Noris le interrumpió.

—No digáis eso, propio solamente para convencer á una griseta. Las mujeres como yo, no sólo pueden mirar de frente la verdad, sino que la adivinan. Juegan su existencia entera en su primer amor. Yo os encontré en mi camino; jugué lealmente, y perdí. Yo os hubiera adorado toda mi vida; pero eso os pareció muy largo y muy enojoso....

—¡Muy peligroso!—murmuró el Príncipe.

—Es igual. Evidentemente había peligro, pues se trataba de vuestro porvenir. Un Príncipe adulado, adorado, no es gran señor cuando trata de convertir en su querida á una pobre joven crédula, leal, confiada y absurda; pero lo es,—ya os lo dije cuando podía interesarme,—y recuerda su pasado brillante y su porvenir, si trata de convertirla en su mujer.... Entonces, ¿qué cosa más sencilla? Se abandona á la joven, se la deja entregada á todos

los azares, á todas las tentativas, á todas las desesperaciones!.... Y si ella cae, ¿de quién es la falta? Yo os amaba hasta el punto de ser capaz de matarme por vos como una costurera sentimental, y faltó muy poco para que vuestro revólver no os libertara de mí. Y en verdad que no sé si hubiera sido preferible morir siendo vuestra querida, á vivir siéndolo del Gran Duque. Cierto que habría manchado de sangre vuestra alfombra; pero eso se lava.

René la contemplaba con los ojos ardientes, sobrexcitado por aquella cólera, sacudido por aquella ironía que le desafiaba, y furioso por no poder decir, como antiguamente, que era el dueño adorado de aquella criatura adorable.

¡Cosa extraña! En aquella Noris, sentada frente á él, no había nada que recordara á la de otros tiempos: era verdaderamente otra mujer, una conquista nueva, una tierna virgen para su voluptuosidad. Y entonces, bebiendo con la mirada todo aquel encanto y hablando con sinceridad, exclamó:

—¡Ah! ¡qué loco he sido.... y qué necio!

—¡No! (dijo Noris, con la mirada clavada siempre en él.) ¡Lo que habéis sido es un miserable!

Él se sintió más atraído que insultado por la injuria, y, acercándose á ella, añadió:

—¡No te conocía!

—¿Qué decís? (preguntó Noris con altanería.) ¡Ah! Comprendo: no sospechabais que la niña crédula de diez y nueve años llegase á ser la mujer implacable de hoy, que os odia casi tanto como os amó....

—¿Que me odia?

—¡Que os odia y os desprecia!

Esta vez hubo en él un movimiento de protesta;

pero continuó, tocándole en el brazo para hacerle sentar, y teniéndole allí como magnetizado:

—¿Y sabéis por qué? Porque después de haberme injuriado en mi confianza, os habéis mofado desapiadadamente de mí.... Y ahora estáis pronto á suplicarme que vuelva á ser vuestra querida.

Entonces sonrió René, como si al pronunciar descarnadamente la frase, Noris le hubiera ahorrado una debilidad penosa, la cobardía de una nueva declaración.

—¡Oh! Si tú supieras....

—Decidlo de una vez...., ¿no es cierto que me amáis?

—¡Pues sí, te amo, te amo, y por eso he vuelto! Quiero hacerte olvidar todo cuanto has sufrido por mí.

—Olvidar, señor de Chantenay; olvidar es imposible.

—Y recordarte (añadió, aproximándose á ella, y casi de rodillas, como antiguamente en la calle Brochant), recordarte nuestros felices días...., esos recuerdos que siempre conserva el corazón, aunque uno trate de ahuyentarlos.... ¿Nunca has pensado en renovar aquellos tiempos, tú adorada, yo arrepentido; tú perdonándome, y yo haciendo por que me perdones?....

Noris seguía sonriendo.

—Es una romanza muy bonita (dijo al fin, fríamente). Pero ¿y si me hubiera quitado la vida, como Fanny Love, como las que tienen más valor ó más necedad que yo? ¡Ellas tampoco habrían tenido que hacer más que vivir y esperar para ver arrepentidos, como vos, á los que las ultrajaron y despidieron!

—Arrepentido, sí... —dijo el Príncipe, intentando cogerla una mano, que ella retiró con un movimiento instintivo de repulsión.

—Veo que ahora no me abandonaríais....

—¿Abandonarte ahora?... —

—Ahora que no tengo los candores de niña, y sí las insolencias de entretenida.

—¡Ahora que eres otra mujer!... (exclamó René.) ¡Mujer bella, irresistible...; una mujer que yo no conocía; pero adorable como ayer y como siempre!

Se había levantado, mirando instintivamente en su marco de oro *La judía de Marruecos*, que momentos antes el Príncipe había comparado con ella, y dijo, apoyándose de brazos sobre el respaldo de su sillón:

—Otra mujer, sí, tenéis razón.... Ya conocéis mi lema: «Me sobrevivo»: algo pretencioso, pero exacto. En una misma mujer hay tantas mujeres como fiebres ó alegrías experimenta. No soy la Noris que amasteis antes; soy la Noris rodeada por este lujo; ¡la Noris que pertenece á otro!

—¡Noris! —exclamó Chantenay, excitado por aquellas ironías.

—Y estáis celoso de este otro...., como si no fueseis vos quien me ha entregado á él.... Leo en vuestro pensamiento con tanta claridad como en un libro.... ¡No soy la misma mujer! Estos ojos, esta sonrisa, estos cabellos, son nuevas seducciones.... Cuando yo regalo un vestido á mi doncella, observo en seguida que su seda era aún magnífica y que le sienta muy bien á la muchacha.... Aún espero yo veros furioso contra el Gran Duque, al que dejasteis, como un vestido usado, vuestros amores muertos. Y veis todo esto, porque habéis vuelto á encon-

trarme en el Circo, y he removido á latigazos vuestros recuerdos; entonces comprendisteis que aún podíais embriagaros con lo que quedaba en el vaso que dejasteis. Me perdonais mis frases de novela, ¿no es esto? Es una antigua costumbre heredada de mi padre.... ¿Os arrepentís, pues, Príncipe de haber arrojado mi amor como una corteza vacía?

—¡Con toda mi alma! —dijo René.

—¿Y si por casualidad ó por débil cobardía volviese á ser para vos lo que fui antes?

—Sería el más fiel y el más adicto de vuestros criados.

Ella le miró largo tiempo, complaciéndose en verle humillado.

—¿De veras? —preguntó.

—De veras.

—¿Por vuestro honor?

—Por mi honor.

—¿Honor de enamorado ó de caballero? —preguntó con ironía, semejante á una estocada.

—Por mi honor de caballero.... ¿Me creéis ahora?

—Os creo, —dijo Noris lentamente.

—Entonces, adorada mía....

Ella le indicó con un movimiento de cabeza la *Marroquí* de Delacroix en su marco.

—¿Reconocéis eso?

El Príncipe miraba sin comprender.

—Es un Delacroix que juzgasteis bastante mediano cuando le visteis en casa de mi padre.... Apuesto á que ahora lo juzgáis soberbio.... ¡El marco, amigo mío, el marco!.... Á mí no me amáis: amáis á la mujer insolente que se ha desquitado de vuestros antiguos desdenes.... No soy la primera á quien se juzga encantadora por haber

olvidado el agua en que se mojaba los pies, por el oro en que se manchaban las manos.

Si hubiera querido enloquecer al Príncipe, arrancarle á la señora de Montepreux y someterle á ella, no hubiera obrado con más destreza. Cada una de sus palabras atizaba más y más el amor de Chantenay. Impulsado por ardiente curiosidad, y á riesgo de ser despedido por un criado, había acudido á aquella casa en que se impregnaba de amor y pasión, y se embriagaba de deseos. Jugando con aquel amor antiguo, había jugado con fuego, y entonces sufría lo que antes había hecho sufrir. Parecíale que la había perdido, y que volvía á hallarla transfigurada: su rostro, de ordinario frío, impasible y diplomático, se había vuelto suplicante, y encerraba todos sus sentimientos en un suspiro.

—Cuando se encuentra á una mujer como vos....

—Se la guarda, so pena de no volver á encontrarla nunca (interrumpió Noris bruscamente). ¡Irreparable, querido! ¡Dícese comúnmente que una mujer que no ama ya, muestra menos desdén á un extraño que al amante de la víspera; y nuestra ruptura, la vuestra, no data ciertamente de ayer!....

—¡Ah! Decididamente, no sentís piedad.

—Soy de vuestra escuela, señor de Chantenay.

Y recordaba Noris aquel triste crepúsculo vespertino en que había acudido á la avenida Van-Dyck á suplicar al hombre que ahora decía á su víctima que carecía de corazón.

¡Cuán feroz y seco se había mostrado él entonces! Y si ella no era ya la misma mujer, ¿era él acaso el mismo hombre que cinco años antes la arrojaba sin remordimiento al suicidio ó al fango?

Y mientras más profundizaba Noris con su mirada en aquel corazón vacío, mayores deseos despertaba en aquel hambriento de sensaciones, irritado, puesto en jaque, domado por aquella mujer á quien intentaba subyugar.

Chantenay tuvo un movimiento nervioso, violento, casi sincero, en que toda su educación falsa se derrumbaba con dolor verdadero, y, cogiendo á Noris las manos inertes que ella le abandonaba:

—Pues bien (exclamó): tenéis razón; he estado ciego, y he sido un miserable.

Ella respondió solamente:

—¿Lo notáis ahora?

—¡Mi vida entera como expiación!

Noris retiró sus manos de las de René.

—Es ya tarde, Príncipe.... La señorita Feraud que os escuchaba, ha muerto; ya sólo queda Noris, que no os ama.

Chantenay golpeó coléricamente el suelo con el pie.

—¡Pero que ama á otro!—dijo en seguida.

—¿Al Gran Duque?—preguntó Noris lentamente.

—No.

—¿Pues á quién?

René la miró frente á frente, y pronunció este nombre:

—¡Raimundo!

Ella se estremeció, pero dijo friamente:

—No consiento que se mezele en mi vida á los que enterraros de lo que es hoy la que fué vuestro juguete. Ya lo sabéis. Para en adelante, os advierto que nunca estaré en casa para vos.

—¿Ferdys os ha mandado que me neguéis la entrada?

Había dicho esto con violencia febril, aunque bajando luego el tono ante la mirada de Noris.

—Por vuestra venganza misma, os ruego que me permitáis volver á veros.

—¿Por mi venganza?

Y mostraba una risa falsa.

—Vaya, pobre Príncipe; resignaos..., que ya tenéis bastante.

—No comprendéis..., no creéis....

—He creído, y por creer tanto, perdí mi juventud: bien he pagado mi credulidad.

Y tocó un timbre. Era despedirle.

—¿Queréis que me ausente? Lo lamento, porque tenía mil cosas que deciros.

—Ya veis que sería demasiado largo.

—Pues bien (dijo él bruscamente); os escribiré.

—No os reconozco (dijo Noris, abriendo extraordinariamente los ojos). Los juramentos vuelan; pero las cartas no.... ¡No sois el mismo!

—Vos sois quien ha cambiado.

—Pero ganando.... materialmente. Adiós, Príncipe.

—No, no....; hasta más ver,—dijo Chantenay nerviosamente.

—Sea, hasta más ver....; pero no en el paraíso perdido: ¡á lo sumo, en el purgatorio!

El ayuda de cámara estaba á la puerta. El príncipe de Chantenay se inclinó ante Noris, y cuando hubo desaparecido, cuando escuchó rodar su coche por el empedrado de la calle Jouffroy, la joven tuvo una conmoción de disgusto y de cólera.

¡Miserable hombre! Era todavía más vil de lo

que pensaba. Incapaz antes de comprender que había en ella un alma, una confianza, un amor y una fe, y ahora pronto á arrastrarse cobardemente delante de la mujer á quien había despedido.

Noris había deseado frecuentemente vengarse de él, y aquel rebajamiento era su venganza. ¡Y pensar que le había amado!....

Llamó á su doncella.

—Decid á la señorita Brunier que si va al teatro, la acompañaré esta noche....; pero á un teatro alegre. ¡Ah! (siguió diciendo, cuando Silvina salió.) La vida es demasiado triste, y la realidad sobrado sucia: ¡hacen falta, para olvidarla, locuras y necedades!....